

céfiro

ZÉPHYROS

**REVISTA DE
ECONOMÍA Y GESTIÓN**

**AÑO 7 NÚMERO 5
PRIMAVERA 2020**

ISSN (impresa) 2408-4638
ISSN (digital) 2422-7692

Pandemia y economía en el largo plazo

Marcelo Muñiz¹ y Eduardo A. Crespo²



La pandemia del SARS-Cov2, conocida como COVID-19, provocó la mayor crisis económica mundial desde la crisis de la década de 1930. En ciertos casos el impacto es directo porque muchas personas se enferman y otras dejan de trabajar por el temor a contagiarse. En otros, las medidas preventivas adoptadas por los gobiernos conllevan restricciones al movimiento y la aglomeración de personas provocando la interrupción temporal de gran parte de la actividad comercial y productiva. Se cierran establecimientos educativos y se restringe el transporte público. Cualquiera sea el motivo, la actividad económica disminuye y los ingresos de los hogares y empresas caen en el

1 Docente UNM. Licenciado en Ciencia Política UBA. Correo electrónico: licmuniz@yahoo.com.ar

2 Docente UNM. Licenciado en Economía UBA y Doctor en Economía UFRJ. Correo electrónico: ecresto70@yahoo.com.ar

agregado. Los países que priorizaron el mantenimiento de la actividad económica tampoco pudieron sortear la crisis. Les llegó indirectamente la crisis a través del contagio y enfermedad de la población, la suspensión espontánea de actividades por motivos de precaución y la caída de sus exportaciones. Aunque se puedan identificar matices en los diferentes impactos epidemiológicos y económicos, las diferencias no se explican tanto por los niveles de desarrollo económico de los países como por la diferente predisposición cooperativa de cada población y los compromisos de cada gobierno en intervenir rápida y enérgicamente. Este virus tomó por sorpresa a la mayoría de los Estados. Quizás en el sudeste asiático la epidemia del SARS de principios de siglo ya había generado algún aprendizaje, lo que facilitó respuestas rápidas y exitosas. Pero en el resto del mundo estaba totalmente desprevenido.

Pero lo que debería sorprendernos es la sorpresa. La mayoría de los expertos en virología vienen advirtiendo desde hace años la inminente aparición de virus de alta difusión y con impredecible mortalidad. De hecho, SARS (2003), “gripe A o aviar” (2004), “gripe porcina” (2009), y MERS (2012), fueron más que meros avisos. Parece que la humanidad, así como tiene mala memoria para crisis económicas, también olvida las epidemias.

Las enfermedades infectocontagiosas nos acompañan desde hace miles de años. Los gérmenes en sus distintas formas son mucho más antiguos que nosotros, los *homo sapiens*, y afectan a todas las especies animales. Nos llama la atención que los murciélagos, por algunas de sus características fisiológicas, sean reservorios de virus y que en la opinión pública se hayan transformado en los malos de la película (así como los ciudadanos chinos que los incluyen en su dieta). No obstante, debe recordarse que los todos los seres vivos interactúan y no todos los microorganismos son agresivos con sus huéspedes. Algunos incluso ‘cooperan’ con los mismos de distintas formas y hasta son parte indispensable para su supervivencia. Sin ir más lejos, nuestro aparato digestivo alberga gran cantidad de ellos, la llamada “flora bacteriana” indispensable para procesar nuestros alimentos. Nosotros les retribuimos con “casa y comida”.

Sin embargo, en muchos momentos de nuestra historia el impacto de ciertos microorganismos fue muy negativo, incluso devastador. La epidemia más famosa y quizás más letal fue la Peste Negra o Peste Bubónica del s. XIV en Eurasia y norte de África, donde falleció entre un cuarto y la mitad de la población dependiendo de la región. Que estos fenómenos se repitan con efectos terribles y desde muchísimo tiempo nos obliga a reflexionar sobre su naturaleza. ¿Por qué aparecen de repente y con tanta virulencia? Si en gran parte de nuestra historia se pensaba que su origen no podía ser otro que divino, evidentemente como castigo, hoy ya no es el caso, sabemos de qué se trata. Lo que falta, para el gran público, y en especial para las ciencias sociales, es incorporar las dimensiones epidemiológicas que afectan a nuestra vida de manera sistemática.

El antropocentrismo fue un avance frente al teocentrismo. Y no caben dudas de que el humano ha llegado a tener tal poder sobre la naturaleza que incluso pone en riesgo su propia supervivencia. Desde hace décadas varios autores hablan del ‘Antropoceno’, en referencia al presente, en transición o en superposición con el final del Holoceno, la más reciente era geológica desde la última glaciación. Esto implica que pasamos de padecer el clima como un fenómeno ajeno a nuestra acción y voluntad a modificarlo debido a nuestras formas más recientes de obtener energía. La revolución industrial de los últimos 200 años abrió una caja de Pandora que sigue generando transformaciones con consecuencias no todas positivas. En paralelo se dispararon la capacidad de producir alimentos y de sostener el crecimiento de la población mundial.

Pero empecemos por el principio, veamos el origen de estas enfermedades epidémicas. Hace unos 15.000 años, el *homo sapiens* podía ser encontrado en casi cualquier rincón del planeta. A pie y en pequeños grupos salió de África

en varias oportunidades, la última oleada se piensa que ocurrió entre 35.000 y 50.000 años atrás. Pero ya otros hominos originados en África ocupaban Eurasia mucho tiempo atrás.

La vida del cazador recolector era simple, en grupos pequeños y con reducida división del trabajo, en constante movimiento, dependiendo de la oferta natural de alimentos para la supervivencia. Ante los cambios del clima había que mudarse, migrando con los animales de caza. El fuego fue un gran descubrimiento que abrió un nuevo abanico de posibilidades a los homínidos que dejaron de estar en los escalones bajos de la cadena alimentaria natural para transformarse en los mayores depredadores capaces de ahuyentar con el fuego a bestias más fuertes y rápidas. También impactó en la alimentación del hombre, amplió el espectro de la dieta, por un lado, permitió incorporar alimentos que no eran comestibles sin cocción, como el zapallo o la papa, pero principalmente acortó los tiempos de digestión, y por ende el gasto de energía que el sistema digestivo requería para procesar la carne cruda. Se cree que la cocción de la carne fue fundamental para el desarrollo del cerebro al liberar energía y facilitar la incorporación de nutrientes. En este contexto no hay pruebas contundentes de que los humanos con esta forma de vida hayan sufrido epidemias. Estas enfermedades requieren de amplias poblaciones para desarrollarse y sostenerse en el tiempo. Cuando los cazadores recolectores se encontraban en constante movimiento e interactuaban en grupos de hasta 150 personas como número extremo, las posibilidades de difusión eran mínimas. Los miembros del bando nómada pueden contagiarse rápidamente, pero al ser poco numerosos el germen invariablemente desaparece con el grupo o se adapta al mismo.

Pero todo cambió con la agricultura. En distintas regiones del planeta, entre 9.000 y 2.500 años atrás, dependiendo de los distintos ecosistemas y la existencia de plantas y animales adecuados para la domesticación, el *sapiens* empezó a producir su propio alimento. Fijó residencia y generó por primera vez en la historia un excedente alimentario en la medida que podía almacenarlo. Esto hizo que la cantidad de alimento producida en torno a los flamantes pueblos superara la necesaria para alimentar al grupo, y en la medida que ya no tenían que desplazarse constantemente, el lapso entre embarazos se redujo a la mitad. Para poder movilizarse –y en ausencia de cualquier otro medio de transporte más allá de la caminata– la diferencia de edad entre hijos no puede ser inferior a 4 años. Si un nuevo hijo se hace presente, los hermanos mayores deben caminar por sus propios medios. Con los pobladores sedentarios esto ya no es un requisito. Con alimentos en abundancia puede engendrarse todos los hijos que la fertilidad natural permite. Más allá del deterioro nutricional y de la pérdida de calidad de vida de los agricultores en comparación con los cazadores y recolectores, el efecto agregado fue un rápido aumento de la población. Las poblaciones humanas superaron los cientos y miles en poco tiempo. Un número de humanos conviviendo en ambientes inéditos y bajo condiciones jamás observadas hasta entonces.

Estas poblaciones agrícolas evidentemente devinieron más complejas, estratificadas, con una incipiente división del trabajo. Pero, sobre todo, se volvieron más densas. Muchas más personas conviviendo en espacios reducidos por prolongados períodos de tiempo. Sumado a esto, la convivencia con animales domésticos, también transformó las condiciones epidemiológicas en cantidad y densidad. De animales que portaban enfermedades infecto-contagiosas surgieron las zoonosis, enfermedades animales que pasan a los humanos. Las condiciones ambientales de los nuevos asentamientos aumentaron exponencialmente estos saltos.

Se estima que muchos centros urbanos fracasaron en transformarse en ciudades imperio debido a las enfermedades que diezaban a sus habitantes o los obligaban a huir, y en muchos casos los forzaba a retomar formas de vida más cercanas a las de cazadores y recolectores. Pero una vez superado cierto umbral, las posibles mutaciones capaces de sobrevivir en nuevos huéspedes aumentaban, aún al costo de exterminar a la mayoría de la población. Es lo que explica

los numerosos colapsos urbanos a causa de las epidemias desde que comenzaron las grandes aglomeraciones. Pero a medida que estos ciclos se repetían, los sobrevivientes desarrollaban inmunidad que se transfería a las nuevas generaciones, y los nuevos brotes tendían a ser más leves, hasta la aparición de nuevas enfermedades.

Las primeras pandemias de la historia humana tendieron a truncar grandes proyectos políticos, como la construcción de grandes Estados e imperios sustentados en poblaciones numerosas. El tipo de enfermedad, por su parte, dependía significativamente de las condiciones climáticas dominantes de los asentamientos humanos. En contextos tropicales las enfermedades casi siempre están vinculadas a vectores específicos como mosquitos, en climas más templados son más probables los contagios directos entre humanos (aire, fluidos, contacto directo, etc.).

De igual modo, la movilidad humana tiene una enorme relevancia. Con poblaciones existen por lo menos tres factores que activan la movilidad de las personas, que en este nuevo contexto conlleva la movilidad de enfermedades. Primero la movilización bélica, la búsqueda de recursos o el acceso a los mismos dispara una lógica bélica novedosa, grandes grupos humanos que se movilizan para luchar contra otras poblaciones. No se trata, como antes, del desplazamiento hacia espacios libres o vírgenes, sino de una movilización hacia espacios ocupados en forma permanente. Ejércitos atacantes potencialmente portadores de enfermedades y ejércitos defensores en la misma condición. También aquí juega un rol fundamental la ecología. Si hay circunscripción ambiental, montañas, ríos, desiertos, las probabilidades de conflicto directo son mayores ante las dificultades para huir y los incentivos a unificar poblaciones para la defensa o el ataque tienden a crear formas estatales más tempranas que en donde no encontramos circunscripciones de este tipo. Otro factor importante es el comercio. Las ciudades son cada vez más dependientes de zonas más alejadas para obtener aquello que no tienen, no les alcanza o ya agotaron en su periferia cercana. El transporte de bienes implicó también el transporte de enfermedades. A más distancia, más cambio de condiciones ambientales y posible cruce con poblaciones con enfermedades desconocidas. Por último, las migraciones. La movilización masiva de personas que tienen que abandonar sus regiones habituales de residencia. Mayormente estas migraciones obedecen a crisis ambientales que volvieron insostenibles la vida habitual, sequías, inundaciones, cambios bruscos de temperaturas (enfriamiento o calentamiento en una década), que generan crisis políticas, hambrunas, y muchas veces enfermedades. Estas migraciones podían ser más o menos caóticas. Algunas con cierto grado de organización podían terminar en guerras, pero no para incorporar las periferias a un determinado centro, sino en la procura por un nuevo centro.

El imperialismo global y la navegación de ultramar de los europeos combinó estos tres procesos: movilización militar de tropas para conquistar e incorporar una nueva periferia rica en recursos, la creación de nuevas rutas comerciales permanentes entre la metrópoli y las distintas colonias, y en algunas zonas, la creación de colonias de asentamiento que terminaban por desplazar o aniquilar a los nativos. En el resultado del armado de estos imperios también fueron decisivas las enfermedades epidémicas. Por ejemplo, en América las enfermedades que traían los conquistadores de Eurasia, principalmente la viruela, acabaron con el 95% de la población en pocas décadas, en el Caribe extinguieron prácticamente a todos los pueblos locales. Se explica que no existieran enfermedades aborígenes que hicieran lo propio con los europeos en la ausencia en América de animales domésticos equivalentes a los euroasiáticos capaces de pasar sus enfermedades a los humanos. En cambio, en África, el sudeste asiático y la India, los europeos fueron frenados por este tipo de enfermedades, al menos hasta el siglo XVIII. Esto explica en gran medida la omnipresencia de poblaciones de origen europeo en climas templados carentes de animales domésticos autóctonos. Sin exagerar puede afirmarse que los agentes patógenos fueron más importantes para las estrategias de dominio imperial que las armas y los deseos reales. En el mismo sentido se puede interpretar el trasplante forzado de población africana a América. Primero con el fin de trabajar como esclavos en actividades agrícolas mano de obra

intensivas en climas difíciles para los europeos, una vez eliminados los nativos y, luego, porque disponían de mayor resistencia e inmunidad a las enfermedades tropicales traídas de África por los mismos esclavos.

La dinámica epidémica, de origen natural, se disparó en base a una plataforma humana cada vez más propicia, consistente en aglomeraciones e intercambios generalizados como ciudades, comercio internacional y guerras multitudinarias. Esta modalidad nos viene acompañando durante los últimos 10.000 años y siempre fue uno de los vectores de la historia. Las enfermedades epidémicas han matado más seres humanos que las guerras y las hambrunas sumadas. En contextos bélicos las enfermedades se disparan, puesto que las condiciones de higiene empeoran y se entremezclan en espacios muy reducidos poblaciones de distintas regiones e historias inmunológicas. A modo de ilustración, en la guerra civil estadounidense, de unos 750.000 muertos, dos tercios fueron por enfermedades (diarrea y disentería) y en la guerra de Crimea de unas 290.000 muertes, unos 200.000 fallecieron a causa de enfermedades. Algo similar ocurrió en la Guerra del Paraguay, donde las pestes mataron más soldados en los campamentos que en las batallas, e incluso durante el retorno de los soldados a sus lugares de origen. En el regreso de tropas argentinas a Buenos Aires se produjo el brote, por la fiebre amarilla, más importante de la historia de la ciudad con una mortalidad del 8% y el abandono de la misma por un tercio de sus habitantes. Otro ejemplo importante, sobre todo por la altísima mortalidad, fue la denominada "gripe española", que tuvo su origen en EE.UU. a principios de 1918 y que se extendió a Europa con el despliegue de tropas terminando con la vida de unas 50 millones de muertes en todo el mundo.

Además de causar un mayor número de bajas, las enfermedades normalmente también decidieron los resultados de las guerras. Nuevos estudios indican que las épicas defensas de ciudades imperiales, que hasta recientemente se explicaban con argumentos exclusivamente militares, empiezan a develar que las pestes en general fueron más importantes que las armas. De las más famosas podemos destacar la derrota de los hunos en sus avances sobre Roma y Constantinopla, las capitales del imperio romano ya dividido; los triunfos de Cortés y Pizarro ante aztecas e incas tampoco se pueden entender sin el impacto directo de las enfermedades traídas desde Europa y África. No sólo contó el perjuicio medido en número de muertos, sino también el deterioro de la legitimidad política, máxime teniendo en cuenta que los agentes patógenos son invisibles al ojo humano.

¿Cuál es el vínculo entre enfermedades y poder político? En la medida que no se dispone de conocimientos científicos en materia de infecciones y teniendo en cuenta la invisibilidad de los vectores, los motivos que se aducen no pueden ser otros que sobrenaturales. Cuando no se trata de un castigo divino, es la intromisión de agentes demoniacos. En ambos casos, como la autoridad política basa su apoyo en la divinidad, estas catástrofes ponen en evidencia la pérdida del favor divino y abren el juego a actores alternativos. Además de los ejemplos americanos, China imperial también nos ofrece ejemplos contundentes. La ya mencionada peste negra fue uno de los factores que facilitaron la caída de la dinastía Yuan de origen mongol, reemplazada por la dinastía Ming que unos trecientos años más tarde también caería asolada por epidemias.

Si ponemos el foco en las rutas comerciales, Roma fue sede de la plaga Antonina, llamada así por la familia imperial del momento, en el siglo ii, que terminó asolando a todo el imperio, Europa septentrional, el norte de África y medio oriente. Se trató de una variante de viruela esparcida por el despliegue de ejércitos y que los comerciantes terminarían por esparcir por todo el territorio. Más grave aún fue la epidemia Justiniana, ocurrida en los tiempos del Emperador Justiniano, que diezmó un 70% de la población de Constantinopla. Nacida en el Cuerno de África en mercados donde se comercializaban animales, llegó a través de las caravanas a la capital del imperio Romano de Oriente y a partir de allí se extendió con efectos terribles en las más variadas direcciones, incluyendo el imperio

persa y China. Esa crisis social, económica y política, según varios investigadores, abrió espacio para el abrupto surgimiento del islam en la región.

La peste negra es el mejor testimonio del comercio como vector de epidemias. Las rutas comerciales que vinculaban los extremos de Eurasia en tiempos del imperio Mongol, la denominada "Ruta de la Seda", fue la infraestructura social y material desde donde se difundió la peste negra. Esta ruta se sustentaba en la logística militar de los mongoles, una unidad que se extendía desde China hasta las fronteras de Europa, incluyendo Medio Oriente y el norte de la India. La llamada *Pax Mongólica* permitía que la infinidad de rutas y senderos que atraviesan Asia central, que iban de ciudad en ciudad, tuviera continuidad. Y no causalmente, el origen de la peste es Asia central, donde las marmotas de la región habrían pasado a través de las pulgas la enfermedad a las ratas de campo que por el cambio climático estaban migrando hacia el sur, entrando así en contacto ratas de ciudad y de ahí a causa del comercio la peste se expandió sea por tierra o por mar hacia todo el mundo medieval.

La relevancia de las epidemias nos remite a un tema fundamental más amplio y que da cuenta también de su aparición y difusión: el cambio climático. La mayoría de estas catástrofes sanitarias coincidieron con modificaciones de clima, sequías o inundaciones, erupciones volcánicas. Estos trastornos en los ecosistemas, además de arruinar cosechas dejando más vulnerables a las poblaciones afectadas, también provocan inusuales migraciones de animales y agentes patógenos. Todas las crisis que mencionadas fueron precedidas por cambios climáticos bruscos.

Aunque escapa a las pretensiones de este texto, entre los causantes de las modificaciones climáticas deben mencionarse los ciclos planetarios, como variaciones de la elipse seguida por la tierra alrededor del sol cada 100.000 años, el movimiento del eje de la tierra en ciclos de 40.000 años, cambios en las corrientes marinas que regulan las temperaturas de los continentes, alteraciones en los regímenes de vientos que conducen la humedad, como el Monzón que provee de lluvias estacionales en el sur de Asia. Mucho más impredecibles y repentinos son los cambios que obedecen a catástrofes naturales, principalmente erupciones volcánicas, que emiten gases y cenizas capaces de oscurecer el planeta por varios meses. Testigos del imperio Bizantino y de la China imperial del año 536 cuentan que por 18 meses no se vio el sol. Ese habría sido el puntapié que culminó en la peste justiniana, combinada con veranos cortos, inviernos largos, cambios en los regímenes de lluvias, reducción de las cosechas, etc.

En el presente experimentamos la vida en sociedad más conectada de la historia humana. Existen redes comerciales en todos los rincones de la Tierra. igualmente masivos son hoy el turismo y las migraciones. ¿Por qué la mayoría de los últimos brotes epidémicos se originaron en China? Algunas regiones de China se encuentran entre las zonas más densamente pobladas del planeta, constituye polo industrial más importante del planeta, allí convergen las cadenas de valor en escala global, cuenta con abundantes especies de aves migratorias y dispone de numerosas zonas con abundantes animales silvestres, al tiempo que se extiende desde el clima tropical al templado. Es decir, cuenta con numerosos factores que la convierten en candidata permanente para la generación y difusión de epidemias.

Concluyendo, las epidemias, al reducir la población, principalmente urbana, siempre redujeron la complejidad social, comprometieron la continuidad del comercio internacional, cerraron fronteras y frenaron migraciones. Y, por ende, provocaron crisis económicas y políticas. Como el vínculo entre el cambio climático –esta vez provocado por la propia acción humana– y las enfermedades epidémicas es un hecho en general aceptado entre especialistas, debemos esperar que colapsos sanitarios y económicos como las que experimentamos en estos días sean cada vez más frecuentes y catastróficos en las próximas décadas, a menos que se apele a políticas que busquen coordinar y planificar en escala planetaria.